

minotauro

RAY BRADBURY

AHORA Y SIEMPRE



RAY BRADBURY

AHORA Y SIEMPRE

minotauro

Título original:
Now and Forever

© 2007, Ray Bradbury

© Traducción de Rafael Marín, 2009

© Editorial Planeta, S. A., 2009
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-0754-9
Depósito legal: B.1.167-2020

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

1

Había una pradera desértica llena de viento y sol y artemisa, y un silencio que crecía dulcemente entre las flores silvestres. Había una vía férrea extendida a través de este silencio y ahora la vía se estremeció.

Poco después un tren oscuro surgió del este con fuego y vapor y entró como un trueno en la estación. Al pasar redujo la marcha en un andén cubierto de confeti, los restos de antiguos billetes perforados por los revisores de turno.

La locomotora redujo la velocidad lo suficiente para que una maleta saliera catapultada y para que un joven con un arrugado traje de verano saltara detrás y corriera por tierra, mientras el tren, con un rugido, continuaba su marcha como si la estación no existiera, ni el equipaje, ni su propietario, que ahora había detenido su carrera entrecortada para echar un vistazo mientras el polvo se posaba a su alrededor y, en la distancia, se revelaban los oscuros contornos de unas casas pequeñas.

—Vaya —susurró—. Hay alguien aquí después de todo.

El polvo siguió revoloteando, revelando más tejados, torres y árboles.

–¿Por qué? –susurró el hombre–. ¿Por qué he venido aquí?

Se respondió a sí mismo en voz aún más baja:

–Porque sí.

2

Porque sí.

La noche pasada, medio dormido, sintió como si algo se fuera escribiendo en el interior de sus ojos.

Sin abrir los párpados leyó las palabras mientras iban pasando:

En algún lugar toca una banda,
toca las canciones más extrañas,
sobre semillas de girasol y marinos.
En algún lugar un tambor redobla
y tiembla con tiempos pasados,
recordando días de verano
en días aún no nacidos.

–Espera –se oyó decir.

Abrió los ojos y el texto cesó.

Medio levantó la cabeza de la almohada y luego, pensándoselo mejor, se volvió a acostar.

Cuando cerró los ojos el texto comenzó de nuevo en el interior de sus párpados.

Futuros tan lejanos que son antiguos
y llenos de polvo egipcio,
ese olor de la tumba y la lila,
y semillas gastadas por el deseo,
y el albaricoque que cuelga de la rama de un árbol
en el cielo, lejos del alcance de nadie,
hay momias tan hermosas como langostas
que recuerdan viejos futuros y enseñan.

Durante un momento sintió que sus párpados temblaban y los apretó con fuerza, como para cambiar las líneas o hacerlas desaparecer.

Entonces, mientras contemplaba la oscuridad, volvieron a formarse las palabras en el crepúsculo interno de su cabeza, y eran estas:

Y los niños se sientan junto al suelo de piedra
y dibujan sus vidas en la arena,
recordando muertes que no ocurrirán
en futuros no vistos en tierras lejanas.
En algún lugar toca una banda,
donde la luna nunca se pone en el cielo
y nadie duerme en el verano
y nadie se tiende a morir;
y el Tiempo continúa eternamente
y los corazones siguen latiendo
al compás del tambor de la vieja luna
y el deslizarse de los pies de la Eternidad.

—Demasiado —se oyó susurrar—. Demasiado. No puedo. ¿Es así como se producen los poemas? ¿Y de dónde sale? ¿Está terminado? —se preguntó.

E inseguro, volvió a recostar la cabeza y cerró los ojos, y aparecieron estas palabras:

En algún lugar los viejos deambulan
y se someten al mediodía
y duermen en los campos de trigo de más allá
para levantarse como niños nuevos con la luna.
En algún lugar los niños, viejos, susurran
y saben lo que es estar muerto
y se revuelven en su llanto para preguntarse
el olvido guardado bajo su cama.
Y se sientan a la gran mesa del comedor
donde la Vida celebra un banquete de carne,
donde lo incapaz se vuelve capaz
y lo corrompido se pone nuevas máscaras de carne.
En algún lugar toca una banda.
¡Oh, escucha, escucha esa canción!
Si la aprendes, bailarás para siempre,
en junio...
Y todavía junio...
Y más... junio...
Y la Muerte será tonta y no será lista.
Y la Muerte guardará silencio eterno
en junio y junio y más junio.

La oscuridad era ahora completa. El crepúsculo estaba en silencio.

Abrió los ojos del todo y se quedó mirando el techo, lleno de incredulidad. Se volvió en la cama, cogió una postal que había en la mesilla de noche y contempló la imagen.

—¿Soy feliz? —se preguntó por fin medio en voz alta.

Y se respondió a sí mismo:

—No soy feliz.

Muy lentamente se levantó de la cama, se vistió, bajó las escaleras, se dirigió a la estación de tren, compró un billete y cogió el primer tren que se dirigía al oeste.

3

Porque sí.

«Bueno –pensó mientras contemplaba las vías–. Este lugar no está en el mapa. Pero cuando el tren redujo la marcha, salté, porque...»

Se dio la vuelta y vio un cascado cartel sobre la débil estación, que parecía a punto de hundirse bajo olas de arena: SUMMERTON, ARIZONA.

–Sí, señor –dijo una voz.

El viajero bajó la mirada para encontrar a un hombre de mediana edad de pelo rubio y ojos claros que estaba sentado en el porche de la ajada estación, recostado a la sombra. Un puñado de sombreros colgaba sobre él, y decían: EXPENDEDOR DE BILLETES, JEFE DE EQUIPAJES, GUARDAGUJAS, VIGILANTE NOCTURNO, TAXI. En la cabeza llevaba una gorra con las palabras JEFE DE ESTACIÓN bordadas con brillante hilo rojo.

–¿Qué va a ser? –dijo el hombre de mediana edad, mirando fijamente al forastero–. ¿Un billete para el próximo tren? ¿O un taxi que lo lleve dos manzanas hasta el Gran Mirador Egipcio?

–Dios, no lo sé –el joven se secó la frente y parpa-

deó en todas direcciones—. Acabo de llegar. Salté del tren. No sé por qué.

—No discuta con los impulsos —respondió el jefe de estación—. Con suerte, en lugar de asarse a la parrilla, encontrará un bonito y fresco lago un día caluroso. Bueno, ¿qué va a ser?

El hombre esperó.

—Taxi, dos manzanas, al Gran Mirador Egipcio —dijo el joven rápidamente—. ¡Sí!

—Bien, dado que no hay egipcios que mirar, ni delta del Nilo. Y Cairo, Illinois, está a mil quinientos kilómetros al este. Pero supongo que tenemos cosas bastante grandes.

El viejo se levantó, se quitó de la cabeza la gorra de JEFE DE ESTACIÓN y la sustituyó por la de TAXI. Se agachaba para recoger la maleta cuando el joven dijo:

—¿No irá a dejar...?

—¿La estación? Cuidará de sí misma. Las vías no van a ir a ninguna parte, no hay nada que llevarse de dentro, y pasarán unos cuantos días antes de que nos sorprenda otro tren. Vamos.

Se echó la maleta al hombro y salió de la penumbra y dobló la esquina.

Tras la estación no había ningún taxi. En cambio, un gran caballo blanco bastante hermoso esperaba pacientemente. Y detrás del caballo había una pequeña carreta con las palabras «PANADERÍA KELLY, PAN FRESCO» pintadas en el costado.

El taxista lo llamó y el joven subió a la carreta y se acomodó a la cálida sombra. El forastero inspiró.

—¿A que huele bien? —dijo el taxista—. ¡Acabo de repartir cinco docenas de hogazas!

—Ese es el perfume del Edén la primera mañana —contestó el joven.

El hombre mayor alzó las cejas.

–Bueno –preguntó–, ¿por qué ha venido un periodista con aspiraciones de novelista a Summerton, Arizona?

–Porque sí –dijo el joven.

–¿Porque sí? Es una de las mejores razones del mundo. Deja un margen muy amplio a las decisiones.

Subió al asiento del conductor, miró con ojos amables al caballo que esperaba, chasqueó la lengua suavemente y dijo:

–*Claude*.

Y el caballo, al oír su nombre, los llevó hacia Summerton, Arizona.